

SOBRE LA UTILIDAD DE LAS CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

Leonardo Funes

El Dr. Leonardo Funes es Profesor titular de Literatura Española I (Medieval) de la carrera de Letras, Investigador Principal del Conicet y Director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas y Crítica Textual (IIBICRIT) dependiente del Conicet.

Una puesta en contexto

Sobre la actual polémica en torno de las ciencias sociales y humanas y el conflicto derivado de las nuevas restricciones y distribuciones de cupos de becas, ingresos a carrera de investigador científico y muy probablemente subsidios a proyectos de investigación, lo primero que se podría decir es que era algo que se veía venir desde hace algunos años atrás. Según el Dr. Ceccatto, presidente del Conicet, debido a la lógica de su desarrollo desde la fundación de la institución en 1958, una abrumadora mayoría de los científicos se dedica a ciencia básica, mientras que un porcentaje menor trabaja en ciencia aplicada y un grupo ínfimo se dedica a tecnología.

La política expansiva del sistema científico durante los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner se fue cumpliendo durante casi todo el período manteniendo una distribución más o menos equitativa entre las distintas disciplinas en lo que hace a becas e ingresos a carrera. Pero en los últimos años comenzaron a aparecer algunos problemas, derivados principalmente del hecho de que el presupuesto asignado a Ciencia y técnica no creció al mismo ritmo que el propio sistema. De allí las demoras en la efectivización del ingreso a carrera de investigador de los aspirantes seleccionados y, sobre todo, el hecho de que ya al final del gobierno anterior el 95% del presupuesto del Conicet, por ejemplo, estuviera dedicado a sueldos y estipendios, con el consiguiente déficit en las partidas destinadas a infraestructura y a financiamiento de proyectos de investigación. Si a ello se suma la intención, como política científica, de fortalecer el área de la tecnología y de ciencia aplicada, en función de una grilla de temas estratégicos, el resultado fue una perspectiva de torta menguante, que auguraba una pelea entre las grandes áreas disciplinares por mantener la antigua porción en desmedro de las demás áreas.

Pero lo que eran problemas y desajustes preocupantes pero pasibles de ser sometidos a una discusión abierta de los científicos con los poderes del Estado, se ha transformado en una contienda agresiva que está poniendo en riesgo todo lo conseguido durante la larga década precedente.

Ante la lógica reacción de la comunidad científica frente a los recortes presupuestarios y restricciones de todo tipo, ha resurgido el elenco completo de prejuicios contra la ciencia básica en general y las ciencias sociales y humanas en particular. El hecho de que los operadores políticos del PRO hayan identificado a la comunidad científica como un colectivo opositor (simplificando de manera asombrosa uno de los grupos menos homogéneos en términos políticos e ideológicos de la sociedad) activó a los medios periodísticos afines y a las usinas de intervención en redes sociales en

pos de una campaña difamatoria que ha detectado en las humanidades el eslabón más débil de la cadena. Así pulularon las burlas sobre gente estudiando el *Anteojito* o *Star Wars*, a lo que vino a unirse la alusión despectiva del propio ministro de Ciencia, el Dr. Barañao, a la Historia Medieval. En este escenario, signado por la confusión premeditada y el menosprecio de una porción importante de la producción intelectual estoy ofreciendo unas pocas consideraciones acerca de la utilidad de las ciencias humanas y sociales, apelando a algunas anécdotas concretas (suerte de *exempla in corpore vili*) para ilustrar algunos puntos. Agradezco aquí las preguntas de una colega hoy dedicada al periodismo que me puso a reflexionar hace unas semanas sobre el asunto.

Concepciones de lo útil en contienda

Digamos brevemente lo más obvio, pues como me decía recientemente un colega, estamos en un nivel tan bajo de la discusión que es como si fuera necesario explicar que no está bien ser racista. Hasta el diario La Nación ha repetido lo consabido: es imposible que haya ciencia aplicada si antes no se desarrolló la ciencia básica; es imposible saber de antemano qué desarrollo científico será útil en términos de rédito social (o económico); ha sido un error recurrente de los países del Tercer Mundo enfocarse en ciencia aplicada a la espera de resultados rápidos.

Seguiré mi argumento sobre la concepción de lo útil en ciencias sociales y humanas con el relato de un caso concreto. Participé como colaborador externo de un proyecto de investigación internacional, financiado por el Reino Unido y con sede en la Universidad de Birmingham, dedicado a estudiar y publicar la obra del rey Alfonso X el Sabio. En su etapa final hubo que planificar y desarrollar actividades concretas de impacto de los resultados de la investigación, las que tuvieron que ver con difusión cultural, programas educativos y generación de insumos didácticos sobre la temática. A mediados del año pasado recibí de las autoridades del FONCYT la solicitud de elaborar un “plan de negocios” (*sic*) con los resultados de los proyectos de investigación que dirigí y co-dirigí entre 2003 y 2013. Eran cuatro planillas en las que debía precisar cómo obtener ingresos mediante la explotación de mis investigaciones sobre, por ejemplo, la narrativa historiográfica medieval. Nadie podría sospechar del gobierno británico un atisbo de progresismo, lo que vuelve más brutal la concepción de lo útil que promueve el neoliberalismo sunnita de nuestros gobernantes actuales.

Este es un caso extremo; pero aún formulaciones que en principio todos suscribimos (ciencia al servicio del país, universidad atenta a los problemas nacionales) pueden tener interpretaciones muy diversas y hasta convertirse en armas de ataque contra la ciencia básica en general y las humanidades en particular.

Aquí me atrevo a responder de un modo seguramente polémico: no es el objetivo principal de la ciencia ni de la universidad dar respuesta a las demandas más concretas, específicas y urgentes de la sociedad. La ciencia y la universidad están para formular nuevas preguntas, para animarse a pensar lo que nadie ha tenido en cuenta. Si los científicos hacen bien su trabajo, con buen apoyo de la sociedad y total libertad, la utilidad (entendida como aplicación eficaz) aparecerá como derivación de su objetivo principal; de este modo los descubrimientos, las nuevas preguntas, los escenarios

insospechados permitirán superar problemas previos. Por supuesto que la tarea científica está conectada a las problemáticas generales de una sociedad; surge de ellas, trabaja con ellas. Pero de ninguna manera los científicos vienen a ser una suerte de “personal de mantenimiento” del sistema. Una concepción utilitarista tan estrecha de la ciencia obliga a los científicos a no mirar más allá de sus narices y a trabajar exclusivamente en función de la aplicabilidad de sus resultados.

Durante las reacciones ante la reducción de ingresos a carrera que ocurrió a fines del año pasado, circularon vídeos en que jóvenes investigadorxs portaban un cartel indicando el tema de su investigación. Allí se vieron muy pocos temas de ciencias sociales y ninguno de ciencias humanas. Evidentemente hasta para los colegas es el área menos defendible. Esto demuestra que la discusión tiene más frentes de los que imaginamos en primer momento.

En el debate interno sobre la relevancia social de las investigaciones concretas, es necesario superar el prejuicio derivado de una interpretación literal y lineal de la preeminencia del “aquí y ahora”, que pone bajo sospecha el conjunto de los estudios que pueden definirse por la negativa como “no americanos, no contemporáneos”. Creo que Barañao no está tan solo en su menosprecio de los medievalistas, por ejemplo.

Las dificultades para explicar qué hacemos a los parientes reunidos en una mesa familiar no son menores cuando la conversación se da con colegas de otras ciencias. He contado más de una vez la ocasión en que, en una reunión de científicos de distintas disciplinas, llegó la inevitable pregunta sobre lo que cada uno estaba investigando. Un colega me dice que está investigando medios de cura del cáncer de piel. Yo comento que estoy investigando la configuración narrativa del sujeto en la Baja Edad Media castellana. Los dos tenemos la misma categoría y cobramos lo mismo. Mi primera reacción es sentirme un idiota o un estafador. Pero siguiendo la conversación me entero de que lo que su equipo está haciendo es investigar las reacciones de un honguito de la cerveza en una situación de laboratorio, los resultados de lo cual, dentro de diez o veinte años, y puestos en relación con los resultados de una cantidad de otros proyectos del país y del extranjero *quizás* permita un avance en las terapias contra el cáncer de piel. Y así se puso en evidencia mi error al explicar lo que estoy investigando: mi objetivo de máxima es la comprensión histórica de la cultura hispánica e hispanoamericana desde sus orígenes hasta el presente, lo que es esencial para comprender qué tipo de país somos y cuál es nuestro futuro como nación y como región en términos de identidad. Y ese es el propósito de un gran número de investigadores en humanidades, aunque en lo inmediato y en lo concreto se dedique a analizar el *Anteojito* o las sagas de ciencia-ficción o los relatos bajomedievales. *Nadie* puede prever qué nuevo tipo de conocimiento permitirá alcanzar la asociación de los resultados de un número x de investigaciones en ciencias sociales y humanas, pero sin duda contribuirá a tener un mejor conocimiento de nosotros mismos.

Pero de este argumento no se deriva que esté reivindicando que cada uno pueda investigar lo que se le dé la gana por puro gusto y que el Estado esté obligado a financiarlo. Aquí entra el concepto de responsabilidad social del científico y la idea de utilidad (yo prefiero hablar de *relevancia* para evitar las connotaciones crematísticas de lo utilitario). Esta idea es legítima si la concebimos no en términos de resultados sino en términos de *motivación*. Esto queda perfectamente ilustrado en la reciente

colaboración a *Filo:debate* del Dr. Campagno: su interés por la problemática actual del Estado *motivó* su investigación sobre el Antiguo Egipto.

De modo que frente a una concepción de lo útil como lo redituable en términos financieros (recuperación de una inversión), frente a una noción de lo útil como lo que produce una solución eficaz e inmediata a un problema concreto, propongo pensar lo útil como lo que conecta con su sociedad en términos de motivación de su práctica.

Todo investigador en ciencias sociales y humanas debe aspirar a que los resultados de su tarea constituyan un aporte de relevancia social y cultural, pero ninguno puede *garantizar* esos resultados ni, menos aún, trazar las líneas precisas de su concreción. Y en esto, su situación es similar a la de cualquier científico: así como la ciencia aplicada necesita de la ciencia básica como basamento, así también la relevancia social de la investigación necesita de la relevancia y de la pertinencia intrínseca disciplinar como base, para que sus resultados puedan convertirse en insumos de nuevos desarrollos y la tarea colectiva de la comunidad científica permita arribar a la tan necesaria utilidad (relevancia) de la investigación social y humanística.

Realizado el 16 de marzo de 2017